

El Estado Wari y la colonización de la región tropical del valle del río Apurímac

The Wari State and the colonization of the tropical region of the Apurímac river valley

Lidio M. Valdez, Wilton Sedano y María S. Gutiérrez*

Resumen: ¿Cuándo se dio inicio con la colonización y explotación intensiva de la región tropical del Río Apurímac? ¿Quiénes fueron los primeros en establecer sistemas agrícolas extensos en dicha región? Estas son algunas de las interrogantes que hasta hace recientemente no fueron tomadas en consideración, en tanto que la noción que prevaleció fue que la región tropical fue marginal a los desarrollos ocurridos a lo largo de los Andes centrales. Sin embargo, estudios más recientes vienen revelando que el valle tropical del Río Apurímac no sólo fue ocupado, sino también fue intensamente explotado por colonos procedentes de la sierra central del Perú. Efectivamente, investigaciones más recientes han puesto al descubierto varios sitios arqueológicos extensos que aparecen asociados con terrazas agrícolas. La presencia de los sistemas agrícolas, que abarcan varias hectáreas, sugiere que esta región fue hábilmente explotada en la producción de productos específicos de la región y que no estaban disponibles fuera de la región tropical. La consideración de varias líneas de evidencia sugiere que el estado Wari fue la entidad que emprendió el proceso de colonización, la misma que parece haber estado orientado a la producción de la hoja de coca.

Palabras clave: Río Apurímac; Región Tropical; Colonización; Estado

* L. M. Valdez, Department of Anthropology and Archaeology, University of Calgary, Canada (lidio9@yahoo.es)
W. Sedano, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Huamanga, Ayacucho, Perú
(wiltonsedanoromero@gmail.com)
M. S. Gutiérrez, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Huamanga, Ayacucho, Perú
(gutierrezfernandezm71@gmail.com)

Wari; Hoja de Coca.

Abstract: When did the colonization and intensive exploitation of the tropical rainforest region of the Apurímac Valley colonized began? Who were the first colonizers who established extensive agricultural terraces in the region? These are but some of the questions that until very recently were not considered, because the prevailing notion was that the tropical rainforest region was marginal to the cultural developments that flourished in the central Andes. However, recent archaeological studies are just beginning to reveal that the tropical rainforest valley of Apurímac was not only heavily occupied, but also intensively exploited by colonists from the Peruvian central highlands. Indeed, recent research have resulted in the unprecedented discovery of several large sites that are associated with extensive agricultural terraces. The presence of the terraces, that cover several hectares of land, strongly suggest that the region was intensively exploited, likely in the production of some specific product not available elsewhere beyond the rainforest. The consideration of several lines of evidence also suggest that the Wari state was behind this colonization process aimed to produce its coca supply.

Keywords: Apurímac River; Tropical Rainforest; Colonization; Wari State; Coca Leaves.

INTRODUCCIÓN

A inicios del periodo Horizonte Medio (ca. 550 – 1000 d.C.), un pequeño asentamiento rural del valle de Ayacucho de la sierra central del Perú inició un proceso de transformación, convirtiéndose en un centro urbano de enorme magnitud. Este fue el antiguo Viñaque, actualmente conocido como Huari. Dicha transformación fue producto de cambios significativos que se dieron en el valle de Ayacucho y que conllevó, entre otros, al masivo abandono de los pequeños

asentamientos Huarpa que después de haber estado ocupados continuamente por muchas generaciones quedaron despoblados. El aparente crecimiento rápido de Huari permite sostener que los habitantes de los asentamientos Huarpa que fueron abandonados optaron por trasladarse hacia Huari (Isbell 1997; Valdez & Valdez 2020) en circunstancias que por ahora permanecen inciertos.

La transformación de Huari se dio paralelo al establecimiento en el valle de Ayacucho de una organización política identificada como el estado Wari, que tenía a Huari como su ciudad capital (Menzel 1964, 1977; Lumbreras 1980, 2012; Isbell 1987, 1988; Isbell & Young-Sánchez 2012; Schreiber 1992, 2001, 2012). Alrededor del año 600 d.C., el estado Wari inició con un proceso de expansión sin precedentes en la región, logrando incorporar un inmenso territorio a lo largo de los Andes centrales. En las regiones recientemente anexadas, el estado Wari procedió a establecer un conjunto de centros provinciales (Isbell 1991, 2010; McEwan and Williams 2012) que fueron hábilmente articulados por un sistema vial, segmentos del cual fueron incorporados al Camino Real Inka (Hyslop 1984; Schreiber 1984). Los centros provinciales Wari, como Pikillaqta en el valle de Lucre (McEwan 1987, 1991, 2005), exhiben un diseño único, al parecer plasmado por los ingenieros Wari (Schreiber 2001). Además, tanto la arquitectura como la cerámica encontrada en dichos centros provinciales son intrusivas y con raíces en el valle de Ayacucho (Rowe 1956).

La expansión de Wari desde el valle de Ayacucho introdujo cambios substanciales en las provincias. Por ejemplo, las poblaciones que hasta entonces venían controlando tierras en zonas ecológicas por encima de los 3300m sobre el nivel del mar fueron reubicadas a zonas ecológicas aptas para el cultivo del maíz (Browman 1976; Schreiber 1987:271, 278; Grossman 1985). Al mismo tiempo, próximo a los centros provinciales, la administración Wari ejecutó proyectos ambiciosos

como la construcción de enormes canales de irrigación y terrazas agrícolas (McEwan and Williams 2012:74, 76-77; Covey 2006:8; Nash and Williams 2009:262), en lo que parece haber sido un esfuerzo intencional para repotenciar la productividad de las regiones recientemente conquistadas. Todos estos proyectos, obviamente, debió haber requerido de la participación de miles de trabajadores por un tiempo lo suficientemente largo. La preferencia en explotar tierras aptas para el cultivo del maíz también permite sostener que el maíz posiblemente fue de mucha importancia para el estado Wari, tal vez por su asociación con la *chicha*. Se conoce que para el estado Inka, el consumo de la *chicha* fue un componente importante de las reuniones sociales que fueron intencionalmente ritualizadas y que permitió el establecimiento de alianzas recíprocas con los líderes de las elites dominantes de las provincias (Morris 1979, 1982). Teniendo en consideración que el estado Wari también fue expansivo (Menzel 1964), es posible que Wari también haya empleado estrategias similares para estabilizar y justificar sus dominios.

Está determinado que el estado Wari logró mantener control político y económico sobre muchas poblaciones ubicadas a lo largo de la sierra y la costa. Menos conocido es lo que Wari hizo en regiones tropicales como el valle del Río Apurímac. Sin embargo, investigaciones anteriores ya habían revelado que el estado Wari estableció varios enclaves en el valle del Río Apurímac (Raymond 1985, 1992). Además, investigaciones más recientes en dicha región vienen demostrando que, así como en otras partes de los Andes centrales, el estado Wari llevó adelante proyectos ambiciosos que requirió la participación masiva de trabajadores. La nueva evidencia también sugiere que la ocupación Wari del valle del Río Apurímac fue substancial, tal como manifiesta la presencia de extensas terrazas agrícolas establecidas en zonas aptas para el cultivo de la hoja de coca. En este artículo, nuestro objetivo es

La región tropical del río Apurímac

La región tropical que se encuentra en la vertiente oriental de los Andes es rica en una variedad de productos exóticos. Las plumas multicolores (King 2012a:26-28; 2012b), la madera duradera de la chonta (*Bactris gasipae*), el ají (*Capsicum sp.*), el algodón (*Gossypium barbadense*), y la hoja de coca (*Erythroxylom sp.*) son apenas algunos de los productos altamente cotizados y valorados por las poblaciones de la sierra inmediata (Raymond 1988:290, 1992:30). Además, productos como el maní (*Arachis hypogaea*), la yuca (*Manihot esculenta*), el camote (*Ipomoea batatas*), y la achira (*Canna edulis*) – en adición al ají, el algodón, y la coca – son productos de origen tropical, que fueron adoptados y cultivados lejos de la región tropical como son los valles costeros y donde ocurren en contextos pertenecientes al Periodo Inicial (ca. 3900 – 2900 B.P.) (Cohen 1978; Raymond 1988:294; Piperno & Pearsall 1998:118-130, 277-278). La ocurrencia de tan variedad de productos de origen tropical en la costa desértica del Pacífico demuestra que los antiguos pobladores de la Amazonía mantuvieron contacto con los habitantes de las regiones ubicadas al oeste. Al mismo tiempo, la presencia de productos de origen tropical fuera de los límites de la Amazonía es una muestra clara del fuerte interés de las poblaciones tanto de la costa como de la sierra en acceder a los recursos exóticos de la región tropical. En suma, toda esta evidencia indica que la región tropical fue de mucha importancia para el desarrollo de las antiguas civilizaciones que florecieron en los Andes centrales.

Siguiendo su introducción inicial, muchas de las plantas de origen tropical lograron adaptarse a las condiciones de la costa del Pacífico. Sin embargo, este no fue el caso en la sierra, donde las plantas tropicales no lograron adaptarse a la sequía y al frío. Por lo tanto, es sostenible que, para las poblaciones de la sierra, como el valle de Ayacucho, la mejor estrategia para acceder a los altamente requeridos productos tropicales

parece haber sido el intercambio. Se puede anticipar que en la medida que la población de la sierra continuó en aumento, la demanda por los productos exóticos provenientes de la región tropical posiblemente también fue creciendo. Sin embargo, las poblaciones de la Amazonía que practican el cultivo de tala y quema, rara vez vieron la necesidad de producir más allá de sus necesidades inmediatas (Bowman 1916:36-40; Johnson 2003; Carneiro 1988). La falta de una agricultura intensiva en la región tropical habría sido un factor importante que imposibilitó a los habitantes de la región tropical responder de manera satisfactoria a la demanda de sus vecinos de la sierra inmediata.

Por ejemplo, al tiempo del estado Inka, el intercambio con las poblaciones de la región tropical no fue la mejor estrategia para abastecerse de productos altamente requeridos, como la coca. Para el estado Inka tanta fue la importancia de la coca que no sólo los vivos, sino también los muertos llevaron dentro de sus bocas (Guaman Poma de Ayala 1980 [1613]:267; Murúa 1946 [1590]:267; Ramos Gavilán 1976 [1621]:26). Debido a su importancia, el estado Inka tomó la decisión de colonizar la región tropical, al este y norte de Cusco, para cultivar la requerida coca (Bowman 1916:73, 77; Gade 1999:139-154; Hanna 1974:291; Johnson 2003:28-29; Murra 2002:262). Cobo (1979 [1653]:189-190) asegura que los cicales del estado Inka fueron mantenidos por personal especializado llamado *mitmaqkuna*.

Por supuesto, el deseo de obtener los productos exóticos de la región tropical antecede al surgimiento del estado Inka. La evidencia arqueológica también enseña que antes del estado Inka la coca fue altamente requerido. Por ejemplo, durante tiempos Wari, los muertos ya fueron enterrados con ofrendas de hojas de coca (Valdez & Taboada 2016). Figurinas Wari provenientes de Pikillaqta (Arriola Tuni 2008; Arriola Tuni & Tesar 2011: figuras 16 & 19; Cuba Muñiz & Amachi Flores 2019: figura 19; Bergh 2012: figura 226a) también exhiben sus

pómulos pronunciados, los mismos que en base a la evidencia etnográfica son identificables como indicativos del chacchado de la hoja de coca (Valdez, Taboada & Valdez 2015:237). Del mismo modo, se conoce de la existencia de bolsas de coca elaborados en tiempos Wari (Valdez, Taboada & Valdez 2015:245), lo que en suma permite afirmar que la coca fue de amplio uso durante el auge del estado Wari. Por lo expuesto, es razonable preguntar: ¿Cuál fue la estrategia empleada por el estado Wari para abastecerse de la hoja de coca? Así como durante los tiempos Inka, es poco probable que los habitantes de la región tropical hayan contado con abundante coca como para satisfacer la creciente demanda Wari. La nueva evidencia discutida más adelante indica que colonización del valle del Río Apurímac fue la respuesta.

Hasta recientemente, la magnitud de la colonización Wari en el valle del Río Apurímac fue parcial debido a la falta de estudios arqueológicos. A finales de la década del 60 e inicios del 70, Scott Raymond llevó adelante una investigación arqueológica en dicho valle, pero limitándose al curso del Río Apurímac (Raymond 1982, 1985, 1988, 1992). Por entonces, el valle estaba cubierta por una densa vegetación que hizo difícil ubicar los sitios arqueológicos. Superando dichas dificultades, Raymond ubicó varios sitios arqueológicos, incluyendo sitios identificados como enclaves Wari (Raymond 1992:29). Tomando en consideración la ubicación de los sitios Wari, Raymond (1985:42, 1992:30) también advirtió que la colonización Wari posiblemente fue para abastecerse de la tan requerida hoja de coca.

Desde la década del 70, cuando Raymond recorrió la cuenca del Río Apurímac, este valle ha sufrido transformaciones muy profundas y con consecuencias desastrosas. Por ejemplo, Raymond (1982:121) da referencia al terreno cubierto por una densa vegetación y que más allá del curso del río incluso parecía ser impenetrable. Cinco décadas más tarde, el valle del Río Apurímac ya no es lo que fue en la década del 70 y

describirlo como selva ya es una exageración. En los años 60 el gobierno peruano promovió la explotación de la selva peruana y alentó a la población incursionar hacia la frontera tropical a tomar la tierra y producir cultivos comerciales, además de la ganadería. Esta iniciativa fue bien recibida y resultó no sólo en una masiva migración hacia el Río Apurímac, sino también en la deforestación descontrolada del valle tropical (**Figura 2**). Las consecuencias a largo plazo de esta irreparable



Figura 2. Imagen de la deforestación descontrolada practicada en el valle del Río Apurímac.

destrucción causada por la directa acción humana son alarmantes y merecen una discusión separada; pero, una consecuencia de esta pérdida es que sitios arqueológicos que hasta hace poco permanecieron cubiertos por la densa vegetación han quedado expuestos y accesibles por primera vez.

Los sitios arqueológicos recientemente descubiertos se encuentran inmediatamente por dejado de la ceja de selva y a cierta distancia del curso del Río Apurímac. Los sitios son extensos y revelan que quienes se encargaron de establecerlos invirtieron enorme cantidad de recursos y energía humana, y que en definitiva debió haber requerido movilizar un enorme contingente de trabajadores a un territorio fronterizo y de condiciones climáticas diferentes. Es posible que existan aún muchos otros sitios por descubrirse en otros lugares de esta región, pero lo que se conoce ya demuestra que el estado Wari participó activamente en el establecimiento de enormes terrazas agrícolas en secciones del valle donde en la actualidad se cultiva la coca. Esta observación permite sostener que las terrazas Wari posiblemente sirvieron para cultivar la coca en una escala tal vez nunca vista con anterioridad.

La interacción entre la sierra y la región tropical

Al este del valle de Ayacucho, y la antigua ciudad de Huari, se encuentra una región montañosa que en su gran extensión constituye la zona ecológica puna. Este amplio territorio, donde también se encuentra el valle de San Miguel (Isbell 1977:11; Raymond 1992:21), sigue siendo arqueológicamente menos conocido. En su límite este, la zona ecológica puna entra en contacto con la ceja de selva que marca el ingreso hacia la región tropical de la Amazonía. Más de una docena de ríos de varios tamaños descienden desde las montañas hacia la región tropical, muchas de las cuales desembocan precisamente en el Río Apurímac (ver Figura 1). La investigación de este amplio territorio es fundamental para determinar la dinámica de interacción cultural entre la

sierra y el valle del Río Apurímac.

Entre los pocos estudios arqueológicos efectuados en este territorio destaca la prospección efectuada por el ya fallecido Duccio Bonavía (1968, 1972), quien investigó en las cabeceras del Río Vizcatán y reportó la presencia de varios sitios arqueológicos establecidos en las inmediaciones de la ceja de selva. Desafortunadamente, Bonavía no encontró materiales diagnósticos para determinar la asociación cultural de los asentamientos; no obstante, Bonavía sugirió que los sitios tal vez representaban el avance del estado Inka hacia la región tropical. Todos estos sitios nunca fueron revisitados; por lo tanto, la asociación cultural de estos sitios sigue siendo una incógnita.

Un segundo estudio conducido en esta región es la excavación arqueológica efectuada en el sitio Wari de Jargampata (Isbell 1977) en el valle de San Miguel. Una prospección arqueológica preliminar había resultado en la ubicación de dos sitios adicionales Wari, uno identificado como Ayaurqo, ubicado al este del poblado actual de San Miguel (Isbell 1977:7), y otro identificado como Sarabamba, ubicado a corta distancia río debajo de la confluencia entre los ríos San Miguel y Pampas (Raymond 1992:21). Los tres sitios Wari (Figura 3) habían sido establecidos controlando la sección más fértil del valle y apta para el cultivo del maíz. Al igual que en otras regiones conquistadas por el estado Wari, en las inmediaciones de Jargampata el estado Wari también llegó construir amplias terrazas agrícolas en lo parece haber sido un proyecto destinado a potenciar la productividad del valle (Isbell 1977:11).

Más recientemente, una prospección arqueológica fue conducida en las inmediaciones del poblado actual de Tambo, al noroeste de Jargampata, resultando en la ubicación de varios sitios arqueológicos, incluido sitios que exhiben presencia de la cerámica Huarpa (Pérez Calderón & Carrera Aquino 2015), perteneciente al Periodo Intermedio Temprano

(ca. 1 – 550 d.C.). Previamente, la excavación en Jargampata ya había determinado la ocurrencia de algunos fragmentos que guardaban acercamiento a la cerámica Huarpa y que parecen haber sido introducidos al contexto de un estilo local identificado como Patibamba Temprano (Isbell 1977:43). Considerando que Huarpa es la cultura local del valle de Ayacucho (Menzel 1964) y que durante el mismo periodo existía un estilo de cerámica diferente en el valle de San Miguel, el hallazgo de fragmentos de cerámica Huarpa en las inmediaciones de Tambo sugiere que los antiguos pobladores de los valles de Ayacucho y San Miguel mantuvieron algún tipo de contacto. Si esta apreciación es válida, merece preguntar ¿hasta dónde por el lado este se extendió esta posible interacción? Por cuanto el valle tropical del Río Apurímac se encuentra corta distancia al este de Jargampata, es razonable pensar que las poblaciones de la sierra hayan logrado ingresar a la región tropical, tal vez durante el periodo Intermedio Temprano.

Una prospección arqueológica efectuada en Espinco, al este del poblado actual de Chungui, resultó en la ubicación de tres asentamientos Wari que habían sido establecidos aproximadamente a 3440m sobre el nivel de mar. Los sitios presentan estructuras circulares y semi circulares levantadas a base de piedras de campo que aparecen asociadas con batanes y moliendas, indicando una ocupación doméstica. Del mismo modo, ocurren terrazas agrícolas (Vivanco Ramos 2014:56-57). Tal vez de mayor significado es la presencia de un camino que aún permanece en uso y que descende hacia el valle tropical del Río Apurímac. En línea recta, la distancia aproximada de Espinco hasta el valle tropical es de 18 km, un espacio que se puede recorrer en no más de un día. Uno de los ríos que descende hacia el Apurímac desde las proximidades de Espinco es Anchiuay. Interesante es anotar que al lado opuesto de la confluencia entre los ríos Anchiuay y Apurímac se encuentra el sitio Wari de Palestina (Raymond 1992, 2021). Por lo tanto, existe la

posibilidad que un camino Wari articuló los asentamientos de Palestina, Espinco, Sarabamba y Jargampata, y por último a la misma ciudad capital Huari (ver Figura 3).

Queremos anotar que por los años 1780, los misioneros franciscanos

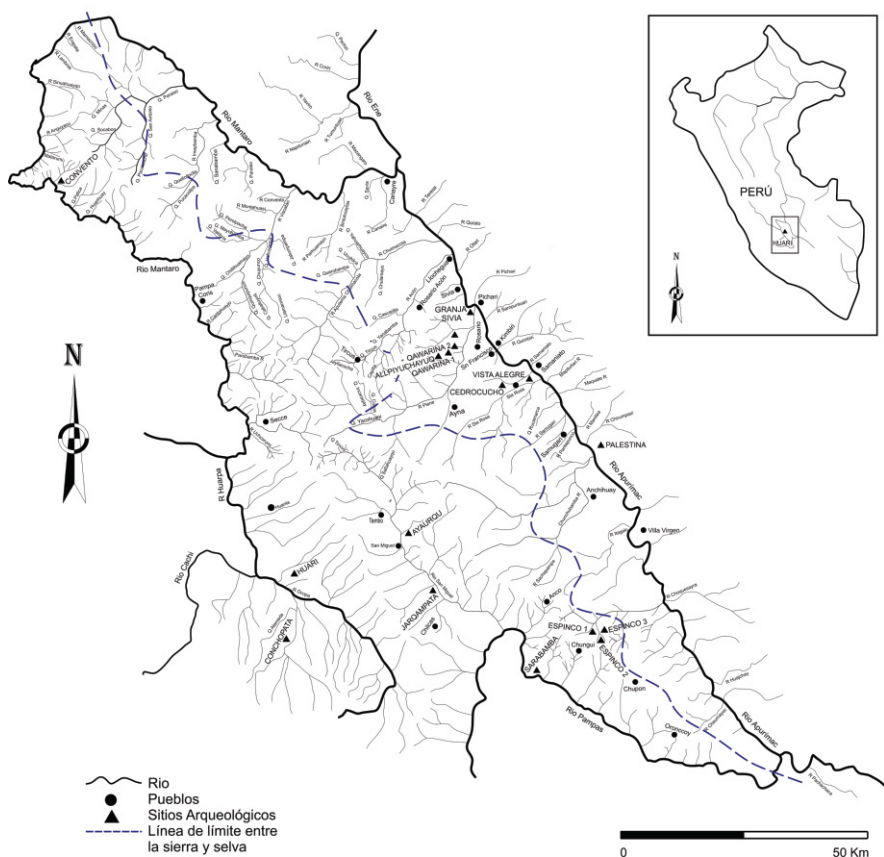


Figura 3. Ubicación de los sitios arqueológicos recientemente ubicados en el valle del Río Apurímac en relación con otros sitios Wari.

empezaron ingresar al valle del Río Apurímac teniendo como base a la actual ciudad de Huanta. En preparación para las travesías hacia la región tropical, los misioneros se enteraron de la existencia de seis rutas

de acceso desde la sierra hacia la región tropical (Izaguirre 1924:45-47). La primera ruta hacia su ingreso por el lado este del sitio de Jargampata, pasando por un lugar denominado Chiquintirca (Izaguirre 1923a:89), o por Anco (Izaguirre 1923b:279, 289, 1924:45-46), y que descendía hacia el Apurímac siguiendo el curso de los ríos. Uno de los ríos al que se menciona es Achingay, posiblemente el mismo río conocido en la actualidad con el nombre de Anchiuay, y que desciende desde las inmediaciones de Chiquintirca. Esta ruta pudo también haber pasado por Espinco donde, como ya se anotó, existen asentamientos Wari. Una segunda ruta que también partía desde Huanta hacia Tambo es identificada con el nombre de Sana y descendía desde Tambocongá por las inmediaciones del Río Simariba (Izaguirre 1924:46), actualmente identificado en su curso inferior como Río Santa Rosa. La tercera ruta, que también salía de hacia Tambo, hacia su ingreso desde Tambocongá hacia Pulpería y desde donde descendía paralelo al curso del Río Aynabamba (Izaguirre 1923b:295, 319-322; 1924:46), que en su curso inferior es identificado con el nombre de Río Piene. Las tres rutas restantes estaban más al norte, en Acón y Sintiguaylas, Vizcatán, y finalmente Sanabamba (Izaguirre 1923a, 1923b:62-64, 1924:46-47). Aunque el estado de conservación de los caminos era pésimo, los misioneros lograron con su objetivo de ingresar al valle tropical. El recorrido por las tres primeras rutas no duró más de tres días (Izaguirre 1923b:296-298), mientras que por las tres últimas requirió un mínimo de cinco días (Izaguirre 1923a:68-70). En la mayoría de los casos, los misioneros dan cuenta de la presencia de cicales establecidos por debajo de la ceja de selva (Izaguirre 1923a:70, 90, 1923b:329, 1924:46) y que el valle del Río Apurímac estaba densamente poblado por los pueblos indígenas de la región, especialmente en su banda derecha. Es difícil determinar la antigüedad de los caminos seguidos por los misioneros; bien pudieron haber sido establecidos en tiempos remotos, como también en tiempos más recientes. Cualquiera sea el caso, la

aparente asociación de los caminos con los asentamientos Wari de Espinco abre la posibilidad que sean caminos Wari.

De lo discutido, queda aparente que los habitantes de los valles de Ayacucho y San Miguel ya mantenían algún tipo de contacto durante el Periodo Intermedio Temprano. Durante el siguiente periodo que marcó la expansión Wari, el valle de San Miguel fue hábilmente incorporado al control Wari. Estando a sólo 25km de Huari, Jargampata estaba a una distancia transitable y que posiblemente fue recorrida por caravanas de llama que transportaron productos como el maíz hacia la ciudad capital (Isbell 1977:11). Al mismo tiempo, la presencia de sitios Wari inmediatos a la ceja de selva, como los de Espinco, sugiere que la expansión Wari se extendió más allá del valle de San Miguel y que penetró con éxito al valle tropical del Apurímac. En base a la información del que dispone, se puede anticipar que futuras investigaciones en las proximidades de las cabeceras de los otros ríos que descienden hacia la región tropical resulten en la ubicación de otros asentamientos Wari. Por ejemplo, existen varios asentamientos en las cabeceras del río Aynabamba / Piene, pero que cuya asociación cultural es desconocida. Finalmente, el hecho que los misioneros franciscanos lograron ingresar hacia la región tropical demuestra que la ceja de selva no representa una barrera física capaz de impedir el paso de los seres humanos; como tal, existe la posibilidad que en la antigüedad generaciones de personas ingresaron a la región sin mayor dificultad alguna.

El estado Wari y el valle del Apurímac

La intensa deforestación ocasionada durante las últimas cinco décadas y que ha modificado el panorama físico del valle del Río Apurímac ha dejado al descubierto un número de sitios arqueológicos, de cuyas existencias se desconocía hasta hace poco. Los sitios arqueológicos recientemente ubicados se encuentran por debajo de la zona identificada

como ceja de selva y como tales están a cierta distancia del curso del Río Apurímac. Previamente, esta zona estaba cubierta de una densa vegetación y donde ninguna investigación arqueológica se había conducido. La deforestación se inició en las proximidades del Río Apurímac y desde donde se extendió tanto al lado este como al lado oeste del río. En su lado oeste, la deforestación está próxima a la ceja de selva, y de no haber legislación alguna que impida la descontrolada destrucción es posible que en las próximas dos décadas toda la diversidad de flora y fauna que abunda en dicha zona sea destruida.

Uno de los sitios recientemente ubicados en Cedrocucho, establecido al suroeste del poblado de Santa Rosa, próximo a uno de los ríos tributarios del Río Santa Rosa (ver Figura 3), y aproximadamente a 16km en línea directa desde el Río Apurímac y 8km desde la división entre la ceja de selva y la puna (Valdez 2020). El sitio se encuentra a 1300m sobre el nivel del mar y ocupa la pendiente este de una pequeña montaña que todavía permanece cubierta por una densa vegetación. Dicha condición dificulta determinar la extensión del sitio, como también su composición. Sin embargo, un reconocimiento del lado sureste que había quedado parcialmente expuesto reveló que Cedrocucho es producto de un proyecto ambicioso, posiblemente ejecutado en el transcurso de varios años, o décadas, y con la participación de un número considerable de trabajadores. Los vecinos del lugar, que al parecer ya hicieron un reconocimiento del lugar tal vez para expandir sus tierras de cultivo, afirman que las terrazas cubren por lo menos 8 hectáreas, observación esta que fue no fue posible confirmar precisamente debido a la densa vegetación que cubre el lugar. A pesar de esta limitación, una inspección de la sección parcialmente expuesta reveló la presencia de siete estructuras de forma rectangular establecidas en diferentes lugares y en asociación a espacios abiertos (patios) que fueron intencionalmente habilitados. En algunas

instancias, los muros de las estructuras superan los 2m de altura, indicando que la conservación de las construcciones es excelente.

Avanzando desde su lado sureste del sitio, primero se encuentra un muro de 1m de ancho que marca el límite del sitio. El muro mantiene una orientación de norte – sur y se conecta a un acantilado que demarca el límite sur, mientras que su extremo norte se pierde entre la densa vegetación, pero los vecinos aseguran que el muro llega hasta el borde del pequeño río que desciende por el lado norte del cerro. El largo total del muro es aproximadamente de 500m. Un segundo muro, más pequeño que el anterior, había sido levantado precisamente al borde del acantilado, al parecer en un esfuerzo de convertir el sitio inaccesible por su lado sur. La presencia de estos dos muros deja abierta la posibilidad que la seguridad fue una preocupación mayor para quienes establecieron y pusieron en funcionamiento esta facilidad. La presencia de los sistemas defensivos, que obviamente requirió esfuerzo humano, también ayuda a comprender el por qué Cedrocucho fue establecidos alejado de las tierras más planas ubicadas en las proximidades del Río Apurímac, consideradas las más fértiles y aptas para una agricultura intensiva. Además, al tiempo que Cedrocucho fue establecido es posible que las tierras ubicadas en las cercanías del Río Apurímac estaban ocupadas por las poblaciones indígenas de la región tropical (Raymond 1982:128, 131), para quienes el establecimiento de Cedrocucho posiblemente fue una intrusión. Por lo tanto, la ubicación de Cedrocucho, distante de las tierras cercanas al Río Apurímac, tal vez fue estratégico especialmente en circunstancias que el repliegue haya necesario frente a una posible ofensiva de tipo militar.

Un reconocimiento inicial de Cedrocucho también reveló que lo más notable del sitio son sus terrazas (Figura 4). Efectivamente, desde su sector más bajo y donde se encuentra el muro que parece marcar el límite del sitio, existe una sucesión de una infinidad de terrazas que

desde el borde del acantilado del lado sur se extienden hacia el lado norte, perdiéndose entre el follaje tropical. El largo mínimo de las terrazas es similar al muro grande. Los vecinos del lugar aseguran que estructuras similares se encuentran en toda la pendiente este del cerro; si esta información es válida, Cedrocucho parece tratarse de un extenso complejo establecido con fines agrícolas (Valdez 2020). Mientras que algunas secciones de las terrazas han colapsado, en la mayoría debido a las raíces de los árboles, la mayoría están bien conservadas, lo que pone de manifiesto que fueron bien establecidas y ser operativas por mucho tiempo. La construcción de este extenso complejo agrícola es resultado de un proyecto ambicioso que debió haber requerido no sólo de la participación de un numeroso contingente de trabajadores – posiblemente movilizados desde la sierra hacia un territorio fronterizo y con un clima diferente – sino también efectuado durante un periodo largo. Solo encontrar las piedras y transportar hasta el lugar donde las terrazas fueron construidas debió haber requerido la inversión de una enorme cantidad de recursos y energía humana.



Figura 4. Las terrazas de Cedrocucho.

Aproximadamente a 20km en línea recta al noroeste de Cedrocucho se encuentran cuatro sitios arqueológicos (ver Figura 3) que comparten muchas características con Cedrocucho. Los sitios se encuentran en la margen izquierda del Río Piene, controlando pequeñas planicies ubicadas en la sección más alta de los cerros (Sedano Romero & Gutiérrez Fernández 2020). Dicho lugar es aproximadamente un punto intermedio entre el curso del Río Apurímac y la ceja de selva; como tal, los sitios se establecieron a una distancia de las tierras más planas y agrícolas más fértiles del valle. Es posible que quienes establecieron estos asentamientos descendieron paralelo al curso del Río Piene.

Avanzando desde el lado oeste, el primer sitio es Allpiyuchayuq, ubicado a 1615m sobre el nivel del mar. Este es el sitio más a la puna y tal vez representa una incursión inicial hacia la región tropical. Solo la sección este del sitio ha sido parcialmente expuesta, mientras que una gran extensión permanece cubierta por una densa vegetación, en partes difícil de penetrar. Por lo tanto, queda pendiente determinar tanto la extensión como la composición del sitio. Sin embargo, en la sección que ha quedado parcialmente expuesta, existe un conjunto de estructuras rectangulares y circulares que aparecen asociadas a espacios abiertos. Un reconocimiento inicial del sitio reveló que las estructuras fueron construidas en la parte más alta del lugar, la misma que es ligeramente plana. Dicho reconocimiento permitió ubicar un total de 17 estructuras circulares al lado de 2 estructuras rectangulares, pero considerando que una mayor extensión del sitio todavía permanece cubierta por la vegetación es posible que existan muchas otras estructuras. En los casos observados, los muros de las estructuras miden 0.60m, mientras que el diámetro interior oscila entre 7 y 9m. En asociación a las estructuras ocurren fragmentos de cerámica, aunque en mal estado de conservación. El lado norte del sitio es una pendiente, aún cubierta por

la vegetación, pero donde aparecen terrazas (Figura 5), comparables a las de Cedrocucho.



Figura 5. Estructuras del sitio de Allpiyuchayuq.

Aproximadamente a 2km al este del anterior se encuentra el sitio de Qawarina 1, siempre controlando la sección más alta del cerro y a una elevación de 1750m sobre el nivel del mar (Sedano Romero & Gutiérrez Fernández 2020). Al igual que Allpiyuchayuq, la sección más alta del cerro es ligeramente plana y fue en dicho lugar que muchas estructuras de planta circular (Figura 6) habían sido establecidas. Un reconocimiento del sitio logró determinar un total de 80 estructuras circulares (Figura 7) con muros contruidos de piedras de campo y unidas con argamasa de barro. Considerando que parte del sitio sigue cubierta por la vegetación, es posible que existan muchas otras estructuras aún por ser descubiertas. En general, el diámetro interior de las estructuras varía entre 7 y 9m y como tal son idénticos a los de Allpiyuchayuq. Además, en varios casos se observó la ocurrencia de espacios abiertos al parecer también intencionalmente contruidos y

siempre manteniendo asociación con las estructuras.



Figura 6. Estructura circular de Qawarina 1.

Desde su sección superior, el sitio se extiende a sus lados este, norte y oeste, que son pendientes y donde ocurren una sucesión de terrazas que descienden hacia los sectores bajos pero que no fueron inspeccionados precisamente por estar cubiertas por la densa vegetación. Las terrazas se adaptaron a la morfología del terreno, pero en lugares donde había espacios planos, estos fueron aprovechados para la construcción de estructuras circulares. Como en Allpiyuchayuq, en asociación a las estructuras circulares ocurren fragmentos de cerámica, siempre en mal estado de conservación, además de batanes (Figura 8), que en general sugieren una ocupación doméstica. Debido a las condiciones aquí mencionadas, queda incierta la extensión del sitio, al igual que su composición espacial. Sin embargo, del total de estructuras ubicadas, Qawarina 1 parece constituir un extenso asentamiento que albergó una densa y permanente población (Figura 9). La posible presencia de una numerosa población residente en Qawarina 1 tal vez obedeció a la

ubicación privilegiada del lugar, que con su elevación facilitó mantener una visibilidad sobre un espacio amplio, incluyendo la cuenca del Río Apurímac.

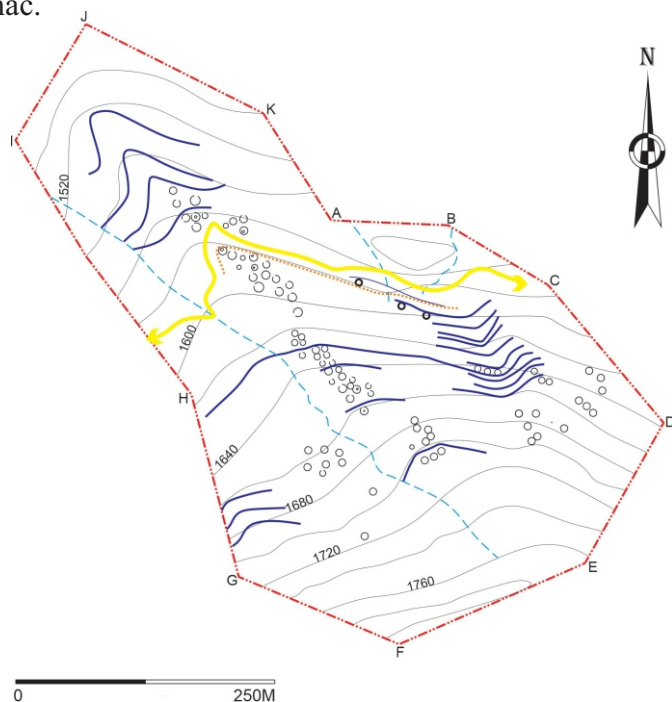


Figura 7. Plano provisional de Qawarina 1.

El tercer asentamiento es Qawarina 2, ubicado a solo 1km al este de Qawarina 1 y a una elevación de 1500m sobre el nivel del mar. Como en el caso de los dos sitios anteriores, en Qawarina 2 existen estructuras circulares, batanes, y espacios abiertos, además de terrazas que habían sido construidas sobre la pendiente del lado norte del sitio (Sedano Romero & Gutiérrez Fernández 2020). Desafortunadamente, la vegetación que cubrió al sitio ha sido destruida en su gran extensión, mientras que sus suelos vienen siendo actualmente utilizados para la agricultura, especialmente para el cultivo de la coca. Al interior de los cultivos de coca es todavía posible encontrar las fundaciones de algunos

muros que inicialmente parecen haber sido estructuras circulares, además de fragmentos de cerámica.



Figura 8. Molienda encontrada en asociación a una estructura circular de Qawarina 1.

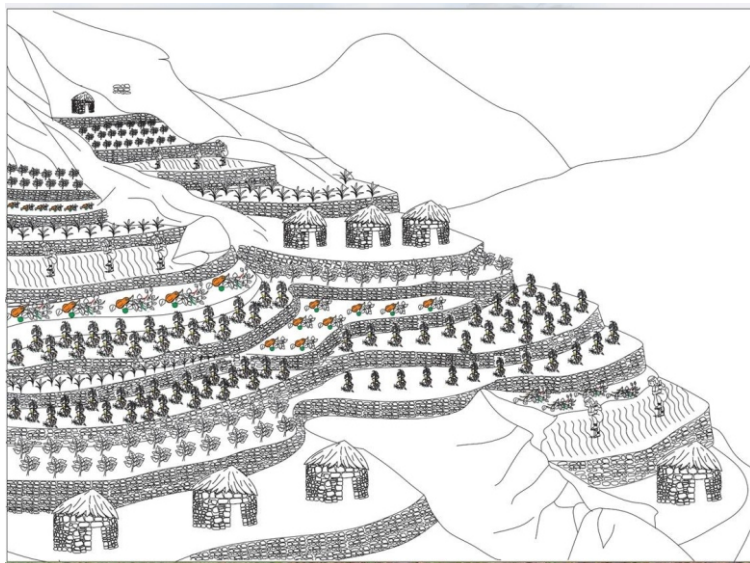


Figura 9. Reconstrucción hipotética de un sector de Qawarina 1.

Por último, el cuarto sitio viene a ser Pampa Hermosa, ubicado al noreste de Qawarina 2 y a una elevación de 1147m sobre el nivel del

mar. El sitio fue establecido sobre una pendiente orientada hacia el norte (Sedano Romero & Gutiérrez Fernández 2020). Como en el caso anterior, Pampa Hermosa ha sido afectada por la actividad humana en tiempos recientes y donde una gran extensión del terreno actualmente viene siendo explotado para el cultivo de una variedad de productos, aunque con mayor énfasis en el cultivo de la coca. A pesar de estas dificultades, un reconocimiento del sitio permitió ubicar alineamientos de piedras que posiblemente representan la fundación de muros, mientras que al interior de los cultivos de coca ocurren fragmentos de cerámica en mal estado de conservación. Como en el caso anterior, los vecinos aseguran haber encontrado al interior de sus terrenos fragmentos de cerámica y hachas de piedra. Teniendo en cuenta que la deforestación se expandió de este a oeste, Pampa Hermosa debió haber sido uno de los primeros sitios expuestos y desafortunadamente también en el primero en ser fuertemente alterado. Sin embargo, es posible que todavía existan deposiciones arqueológicas que podrían ser rescatadas mediante excavaciones. Los vecinos del lugar también aseguran haber encontrado hachas de piedra (Figura 10) en las inmediaciones de los sitios de Pampa Hermosa, Qawarina1 y Qawarina 2; una de las hachas es de cobre (Figura 10d). Hachas similares también se han encontrado en las inmediaciones de Cedrocucho.





Figura 10. Hachas encontradas por los vecinos de los sitios de Qawarina 1 y Qawarina 2.

Los cuatro sitios arqueológicos aquí mencionados están al oeste del sitio de Granja de Sivia que fue investigado por Raymond (1982, 1985, 1992, 2021). Mientras investigaba en Granja de Sivia, Raymond había observado un camino que partiendo del lado oeste del sitio se dirigía en dirección del Río Piene, lo que le sirvió para sugerir que los habitantes de Granja de Sivia posiblemente mantuvieron contacto con las poblaciones de la sierra. La ubicación de los cuatro nuevos sitios ubicados precisamente al oeste de Granja de Sivia hace más probable de la posibilidad sugerida por Raymond. Y, si esta observación tiene alguna validez, la presencia de Granja de Sivia en la margen izquierda del Río Apurímac tal vez fue una razón que impidió el ingreso de los colonizadores de la sierra a ocupar tierras inmediatas al curso del Río Apurímac. También consideramos oportuno anotar que Raymond (2021) menciona no haber extendido el reconocimiento que efectuó en el valle más allá de los 1100m sobre el nivel del mar. Si dicho reconocimiento se hubiera ampliado unos kilómetros más, es posible que Raymond hubiera ubicado Pampa Hermosa, sitio ubicado solo a 1147m sobre el nivel mar y el más próximo a Granja de Sivia.

De lo expuesto, puede haber poca duda que el establecimiento de los cinco sitios aquí descritos requirió una enorme inversión de recursos y

energía humana. A su vez, la presencia de numerosas estructuras circulares en Qawarina 1 permite sostener que el sitio albergó una población substancial que al parecer permaneció en el lugar de manera continua. A la fecha queda por determinarse si los otros sitios también albergaron poblaciones comparables, pero dado que tanto Allpiyuchayuq como Cedrocucho aún permanecen cubiertas por una densa vegetación existe la posibilidad que estos dos sitios también son extensos. Qawarina 2 y Pampa Hermosa tal vez también fueron de la misma extensión que Qawarina 1, pero para verificar esta posibilidad se hace necesario efectuar trabajos de excavación. Cualquiera haya sido la situación, la presencia de sitios como Qawarina 1 ya permite sostener que estos no fueron pequeñas instalaciones, que tal vez fueron ocupadas estacionalmente. Por el contrario, la presencia de estructuras bien construidas y numerosas permite asegurar que estos sitios no sólo fueron ocupados de manera continua, sino también albergaron una densa población, que a la luz de las extensas terrazas asociadas a los sitios es posible advertir que se dedicaron a la agricultura intensiva.

Los colonizadores de la región tropical

Determinar la antigüedad de los sitios arriba discutidos en una tarea complicada. Con la excepción de Cedrocucho, fragmentos de cerámica ocurren en los otros cuatro sitios, pero siempre en mal estado de conservación. Por lo tanto, para elucidar interrogantes como: ¿cuándo y por quiénes fueron construidos estos extensos asentamientos?, es necesario poner en consideración varias posibilidades. En primer lugar, se conoce que las poblaciones indígenas de la región tropical: i) viven en estructuras construidas de postes y techos de palmeras, ii) generalmente establecen pequeños asentamientos autónomos, iii) los mismos que rara vez son ocupados de manera continua y por muchos años (Carneiro 1988; Johnson 2003; Raymond 1988, 2021). Los sitios arqueológicos asociados con las poblaciones de la región tropical del valle del

Apurímac también son pequeños, mantienen una distribución generalmente riverense, y están asociados con un tipo de cerámica identificado como Quimpiri (Raymond 1982, 2021). Estructuras que requieran la participación comunal, como las terrazas arriba anotadas, y edificar viviendas con construcciones sólidas, no son rasgos asociables con las poblaciones de la región tropical, lo que permite descartar cualquiera posibilidad que los sitios aquí discutidos hayan sido establecidos por las poblaciones indígenas de la región tropical. Por el contrario, existe evidencia tangible que demuestra que las poblaciones de la sierra, como los del valle de Ayacucho, participaron en la ejecución de extensas terrazas agrícolas y establecieron extensos asentamientos que fueron densamente ocupados por muchas generaciones (Valdez & Valdez 2020). Por ejemplo, en el valle de Ayacucho extensas terrazas agrícolas ya fueron establecidas durante el Periodo Intermedio Temprano. Estas son algunas variables que permiten sostener que los sitios arqueológicos aquí mencionados posiblemente fueron establecidos por colonizadores procedentes de la sierra.

Segundo, la arquitectura es una variable importante de los sitios aquí discutidos. Previamente, Raymond (1992:28-29) determinó la presencia de estructuras rectangulares y circulares con muros de doble alineamiento de piedras asociadas con el estilo Simariba. Las estructuras de Cedrocucho, Allpiyuchayuq, y Qawarina 1 todas son de doble alineamiento de piedras unidas con barro y son comparables con las estructuras de los sitios de Vista Alegre y Palestina (Raymond 1992). Además, algunos de los muros de las estructuras de Cedrocucho (Figura 11), Allpiyuchayuq (Figura 12) y Qawarina 1 todavía mantienen una altura de 2 metros. Sin embargo, en ninguno de los casos se ha registrado presencia de nichos u hornacinas trapezoidales, que de ocurrir podrían servir para identificar a todos estos sitios como establecimientos Inka. Además, a lo largo del valle del Río Apurímac no se conoce de la

presencia de un sólo sitio (o cerámica) Inka, lo que pone en duda que los sitios arriba mencionados hayan sido establecidos por el estado Inka.



Figura 11. Estructura rectangular del sitio de Cedrocucho.



Figura 12. Estructuras del sitio de Allpiyuchayuy.

Tercero, la pionera investigación efectuada por Scott Raymond (1982, 1985, 1992) en el valle del Río Apurímac ha revelado la presencia de tres distintos estilos de cerámica, identificados como: Sivia, Quimpiri y Simariba (Raymond 1992:25). La cerámica del estilo Sivia es considerado representar una intrusión desde la parte baja del Río Ene y otras ubicadas río abajo (Raymond 1992:26-27), mientras que el estilo Quimpiri ha sido interpretado ser representativo de la población indígena del valle del Apurímac. En la opinión de Raymond (1982:128), estos dos estilos comparten algunos patrones, como es el uso de líneas incisas y el pintado por zonas, lo que permiten sugerir que sus productores mantuvieron contacto. Por su parte, el tercer estilo, la cerámica Simariba, ha sido asociado con los colonizadores de la sierra (Raymond 1992:25-26, 28, 2021) y como tal es diferente de los otros dos estilos. Sin embargo, Raymond (2021) encontró los tres estilos de cerámica en el sitio de Granja de Sivia, lo que permite sugerir que las poblaciones responsables de la producción de estos tres estilos de cerámica estuvieron en contacto. La información todavía de mayor importancia para esta discusión es que los fechados de carbón obtenidos para el sitio de Granja de Sivia lo ubican en el Horizonte Medio (Raymond 2021).

Fragmentos de cerámica ocurren en los sitios ubicados en la margen izquierda del Río Piene (Figura 13). Los fragmentos de cerámica aparecen dispersos dentro de los campos de cultivo y en otros casos están asociados a las estructuras de planta circular, como en el caso de Qawarina 1. Sin embargo, una mayoría son fragmentos no diagnósticos y en mal estado de conservación. A pesar de estas dificultades, se pudo observar que los rasgos asociados a los estilos Sivia y Quimpiri no ocurren, dejando abierta la posibilidad que dichos fragmentos pertenecen al estilo Simariba. La mejor colección de cerámica proviene de Qawarina 1 e incluye bases cónicas y planas posiblemente

pertenecientes a vasijas, además de asas cintadas, bordes con labios gruesos y divergentes, y cuencos y platos de pared delgada, estos últimos comparables a los utensilios manufacturados en el valle de Ayacucho durante el Horizonte Medio. Por ejemplo, existen fragmentos de pared delgada y pasta anaranjada que guarda mucho acercamiento con fragmentos del estilo Ocros perteneciente a la fase inicial del Horizonte Medio (Menzel 1964:17). Algunos de estos fragmentos, especialmente los pertenecientes a cuencos y platos posiblemente fueron decorados, pero han desaparecido por completo.



Figura 13. Cerámica proveniente del sitio de Qawarina 1.



Figura 14. Cerámica Wari proveniente del valle de Santa Rosa.

De lo aquí discutido, el estado Wari aparece como el posible responsable del establecimiento de los extensos asentamientos recientemente registrados en el valle del Río Apurímac. A diferencia de la cerámica Inka, a la fecha desconocida en todo el Río Apurímac, si se conoce de la presencia de cerámica Wari en este valle tropical (Figura 14) (Valdez 2020). Y, así como discutimos más adelante, la proximidad del valle de Ayacucho y la ocurrencia de varios asentamientos Wari no sólo en las proximidades del valle del Río Apurímac, sino también en el mismo valle y más al este del valle hacen del estado Wari como el mejor candidato asociado a los sitios aquí discutidos. En todo caso, esperamos que en un futuro cercano podamos contar con algunos fechados absolutos para de este modo esclarecer esta incógnita.

Las terrazas son los elementos más llamativos de los sitios aquí discutidos. Este es especialmente el caso de Cedrocucho, Allpiyuchayuq y Qawarina 1. Es posible que los otros dos sitios también hayan estado asociados a terrazas similares, pero que ya fueron alteradas por la actividad agrícola contemporánea. En cualquiera de los casos, es evidente que los sitios aquí discutidos fueron establecidos generalmente como complejos agrícolas, tal vez destinados hacia el cultivo de algún producto, cuya demanda fue en aumento. Mientras determinar el producto (o productos) cultivado en las terrazas requiere investigaciones adicionales, la presencia de las terrazas denota que los constructores de todos estos sitios y sus respectivas terrazas tenían conocimiento suficiente del problema de la erosión, el mismo que buscaron solucionar mediante la construcción de las terrazas. Es posible que futuros estudios de las terrazas lleguen a determinar la presencia de drenajes, por ejemplo, instalados para evitar el deslizamiento y destrucción de las terrazas. El mismo hecho que las terrazas permanecieron generalmente en buen estado de conservación indica que fueron bien construidos y posiblemente para funcionar por mucho tiempo.



Figura 15. Espacio abierto asociado a dos estructuras rectangulares de Cedrocucho.

Además de las terrazas, llama la atención la recurrencia de espacios abiertos presentes en Cedrocucho (Figura 15), Allpiyuchayuq y Qawarina 1. Es posible que los otros dos sitios también hayan dispuesto de dichos espacios pero que son difíciles de identificar debido a la presencia de cultivos contemporáneos. Cualquiera haya sido el caso, la presencia continua de los espacios abiertos permite sostener que el producto cultivo en las terrazas posiblemente requirió ser procesado bajo el sol antes de ser transportado hacia la sierra. Etnográficamente se conoce que las hojas de la coca necesitan ser procesadas bajo el sol (Valdez 2020); si esta observación es válida, las terrazas agrícolas aquí anotadas posiblemente fueron establecidas para el cultivo de la coca, en una escala nunca vista con anterioridad. Corroborando esta observación, todos los sitios aquí mencionados fueron establecidos en lugares donde en la actualidad se cultiva la coca (Figura 16). Por ejemplo, inmediatamente por debajo del muro grande que demarca la parte baja de Cedrocucho existen cultivos de coca (Valdez 2020).

Tal como ya mencionamos, las poblaciones de la sierra mantienen una larga tradición de valorar la coca. Este fue el caso de los mismo Inkas, quienes reconocieron la planta como *mama coca* (madre coca). Sin embargo, más allá de la sugerencia de Bonavía (1968), no existe sitio arqueológico alguno en la región tropical del Apurímac identificable como Inka (Raymond 1992, 2021; Valdez 2020). Tal como sugirió Raymond, tal vez existan sitios Inka en la región, pero a la fecha no se ha logrado registrar una. En todo caso, merece subrayar que en el mismo valle de Ayacucho el estado Inka no llegó a establecer ningún centro de gran importancia (Valdez 2002), lo que hace remota cualquiera posibilidad que el estado Inka haya logrado incursionar hacia la región tropical del Apurímac.



Figura 16. Cultivos de coca próximo a un muro antiguo del sitio de Allpiyuchayúq.

Conclusiones

¿Llegó el estado Wari expandirse hacia el valle tropical del Apurímac?
¿Fueron los sitios recientemente ubicados y asociados a extensas

terrazas construidos por el estado Wari? El descubrimiento del sitio Wari de Espíritu Pampa en Vilcabamba (Fonseca Santa Cruz 2011; Fonseca Santa Cruz & Bauer 2013; Valdez 2011), más al este del Río Apurímac, deja poca duda que el estado Wari logró penetrar de manera exitosa a la Amazonía. Considerando que Espíritu Pampa se encuentra al este de Palestina y la distancia - en línea recta – entre estos dos sitios Wari es aproximadamente de 45km, existe la posibilidad que Palestina jugó rol importante en el establecimiento de Espíritu Pampa. A la fecha Palestina es el único sitio Wari próximo a Espíritu Pampa. Por lo tanto, estos dos asentamientos debieron haber estado conectados mediante un camino Wari y a lo largo del cual deben existir algunos pequeños establecimientos Wari que hayan funcionados a modo de los tambos Inka. Estamos convencidos que futuras investigaciones podrán confirmar esta posibilidad.

Además, Raymond (2021) menciona que al lado opuesto de Palestina (en el curso inferior del Río Anchiuay) haber encontrado una estructura en forma de D, un tipo de construcción en definitiva asociado con el estado Wari (2001). Ya hemos anotado que en la parte alta del Río Anchiuay, en Espinco, existen asentamientos Wari, los mismos que están próximos a los otros sitios Wari como Sarabamba, Jargampata y Ayaurqo del valle de San Miguel. Por lo tanto, es muy posible que Espíritu Pampa haya estado no sólo articulado con Palestina, sino también con los otros sitios aquí mencionados, y de ese modo con la misma ciudad capital. La distancia entre Huari y Espíritu Pampa, siempre en línea recta, es aproximadamente de 110km, mientras que la distancia desde la ciudad provincial Wari de Pikillaqta a Espíritu Pampa es aproximadamente 160km. Si esta apreciación es válida, el valle tropical del Apurímac parece haber estado completamente integrada a la esfera de interacción Wari y desde donde se logró transportar productos importantes como la hoja de coca.

Hasta hace recientemente, la perspectiva con respecto a la presencia Wari en la región tropical fue de pequeños establecimientos que no eran comparables a los establecimientos Wari construidos en otras regiones de los Andes centrales. También se conocía que en dichas regiones el estado Wari invirtió valiosos recursos al establecer canales de irrigación, terrazas agrícolas, además de reservorios de agua (Earle & Jennings 2012:213). El reciente descubrimiento de varios sitios asociados con extensas terrazas agrícolas controlando tierras aptas para el cultivo de la coca demuestra que el estado Wari también invirtió recursos y considerable energía humana en proyectos ambiciosos efectuados en la región tropical. La presencia de numerosas estructuras domésticas, como las de Qawarina 1, deja también evidente que estos asentamientos albergaron una densa población. Se conoce que los asentamientos establecidos por el estado Wari a lo largo de los Andes centrales estaban articulados por caminos (Schreiber 1984). La nueva evidencia aquí discutida sugiere que los asentamientos Wari establecidos en la región tropical posiblemente también estuvieron bien articulados, en la misma forma que los otros establecimientos construidos en otras regiones de los Andes centrales. Si efectivamente la hoja de coca fue de mucha importancia para el estado Wari y que fue la necesidad de abastecerse de dicho producto que en última instancia condujo al establecimiento de asentamientos como Cedrocucho y Qawarina 1, estos asentamientos tenían que haber estado también articulados con la ciudad capital para así garantizar el transporte eficaz del tan ansiado producto.

Estamos en el umbral de los estudios Wari en la región tropical, pero ya podemos anticipar que el futuro inmediato es prometedor. Cuando otros posibles asentamientos Wari sean descubiertos en esta región, nuestra perspectiva no sólo de lo que el estado Wari hizo en la región tropical, sino también de lo que fue el estado Wari cambiará profundamente. La huella dejada por el estado Wari en el valle del Río Apurímac apenas se

ha iniciado a detectar, pero ya deja poca duda que este fue de semejante magnitud. La nueva evidencia también abre nuevas interrogantes; por ejemplo, ¿quiénes fueron los grupos humanos establecidos en la región tropical? En definitiva, la población encargada de la producción de la hoja de coca debió haber sido reubicada de algún punto del territorio controlado por Wari, tal vez siguiendo los mismos criterios empleados más tarde por el estado Inka con los mitimaes. Para el valle de Cotahuasi, en el sur del Perú, Jennings (2015:29) anota que la presencia Wari introdujo muchos cambios que coincidieron con un crecimiento rápido de la población local. Aunque Jennings es de la idea que dicho incremento poblacional fue producto de la “fertilidad,” más probable es que dicha población fue reubicada desde algún otro punto del territorio controlado por el estado Wari.

Finalmente, la construcción de las extensas terrazas agrícolas posiblemente resultó en la deforestación masiva, especialmente si las terrazas fueron establecidas para el cultivo de la coca. Siguiendo la desarticulación del estado Wari, los asentamientos establecidos en la región tropical debieron haber también quedado abandonados. Dicho abandono habría permitido a la vegetación tropical reclamar las áreas previamente deforestadas, y que con el transcurrir de los tiempos la huella dejada por el accionar humano quedara escondida bajo el denso follaje. Por lo tanto, existe una lejana esperanza que la deforestación ocasionada en tiempos más recientes también sea rehabilitada y que el bosque tropical tenga la oportunidad de reclamar las áreas destruidas.

Referencias Citadas

- Bergh, S. E. (2012), Figurines. In, *Wari: Lords of the Ancient Andes*, editado por S. E. Berg, pp. 233-241. Thames & Hudson, New York.
- Bonavía, D. (1968), Núcleos de población en la ceja de selva de Ayacucho, Perú. *Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* 1:75-83.

Buenos Aires.

Bonavía, D. (1972), Reconocimiento arqueológico en el área del Mantaro. *Arqueológicas* 14:11-40.

Bowman, I. (1916), *The Andes of Southern Peru: Geographical reconnaissance along the seventy-third meridian*. The American Geographical Society of New York. Henry Bolt & Company, New Jersey.

Browman, D. L. (1976), Demographic correlations of the Wari conquest of Junín. *American Antiquity* 41:465-77.

Carneiro, R. L. (1988), Indians of the Amazonian forest. In, *Peoples of the Tropical Rain Forest*, editado por J. S. Denslow & C. Padoch, pp. 73-86. University of California Press and the Smithsonian Institute Traveling Exhibition Services, Berkeley & Washington, D.C.

Cobo, B. (1979) [1653], *History of the Inca Empire*. University of Texas Press, Austin.

Cohen, M. N. (1978), Population pressure and the origins of agriculture: an archaeological example from the coast of Peru. In, *Advances in Andean Archaeology*, editado por D. L. Browman, pp. 91-132. Mouton Publishers, The Hague.

Cook, A. G. (2001), Huari D-shaped structures, sacrificial offerings, and divine rulership. In, *Ritual Sacrifice in Ancient Peru*, editado por E. Benson & A. G. Cook, pp. 137-163. The University of Texas Press, Austin. 25

Covey, R. A. (2006), *How the Incas built their Heartland: State Formation and the Innovation of Imperial Strategies in the Sacred Valley, Peru*. The University of Michigan Press, Ann Arbor.

Cuba Muñiz, I. Y. & E. Amachi Flores (2019), Investigaciones arqueológicas en Pikillaqta: las ofrendas del Horizonte Medio. In, *Cusco Prehipánico: Resultados de Nuevas Investigaciones Arqueológicas*, editado por N. Del Solar Velarde & M. D. Aráoz Silva, pp. 105-136. Ministerio de Cultura del Perú, Cusco.

- Earle, T. & J. Jennings (2012), Remodeling the political economy of the Wari empire. *Boletín de Arqueología PUCP* 16:209-226.
- Fonseca Santa Cruz, J. (2011), El rostro oculto de Espíritu Pampa, Vilcabamba, Cusco. *Arqueología Iberoamericana* 10:5-7.
- Fonseca Santa Cruz, J. & B. S. Bauer (2013), Dating the Wari remains at Espíritu Pampa (Vilcabamba, Cusco). *Andean Past* 11:111-121.
- Gade, D. W. (1999), *Nature and Culture in the Andes*. The University of Wisconsin Press, Madison.
- Grossman, J. W. (1985), Demographic change and economic transformation in the south-central highlands of pre-Huari Peru. *Ñawpa Pacha* 21:45-126.
- Guaman Poma de Ayala, F. (1980) [1613], *El Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno*. Siglo Veintiuno Editores, México.
- Hanna, J. M. (1970), The effects of coca chewing on exercise in the Quechua of Peru. *Human Biology* 42 (1):1-11.
- Hyslop, J. (1984), *The Inka Road System*. Academic Press, New York.
- Isbell, W. H. (1977), *The Rural Foundation for Urbanism: Economic and Stylistic Interaction Between Rural and Urban Communities in Eight-Century Peru*. Illinois Studies in Anthropology No. 10. University of Illinois Press, Urbana.
- Isbell, W. H. (1987), State origins in the Ayacucho Valley, central highlands, Peru. In *The Origins and Development of the Andean State*, editado por J. Haas, S. Pozorski & T. Pozorski, pp. 83-90. Cambridge University Press, Cambridge.
- Isbell, W. H. (1988), City and state in Middle Horizon Huari. In *Peruvian Prehistory*, editado por R. W. Keatinge, pp. 164-189. Cambridge University Press, Cambridge.
- Isbell, W. H. (1991), Conclusion: Huari administration and the orthogonal

cellular architecture horizon. In *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W. H. Isbell & G. F. McEwan, pp. 293-315. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Isbell, W. H. (1997), *Reconstructing Huari: a cultural chronology for the capital city*. In *Emergence and Change in early Urban Societies*, editado por L. Manzanilla, pp. 181-227. Plenum Press, New York & London.

Isbell, W. H. (2010), Agency, identity, and control: understanding Wari space and power. In *Beyond Wari Walls: Regional Perspectives on Middle Horizon Peru*, editado por J. Jennings, pp. 233-254. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Isbell, W. H. & M. Young-Sánchez (2012), Wari's Andean legacy. In *Wari: Lords of the Ancient Andes*, editado por S. E. Berg, pp. 251-267. Thames & Hudson, New York.

Izaguirre, B. (1923a), *Historia de las misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el oriente del Perú*. Tomo V. Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, Lima. 26

Izaguirre, B. (1923b), *Historia de las misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el oriente del Perú*. Tomo VI. Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, Lima.

Izaguirre, B. (1924), *Historia de las misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el oriente del Perú*. Tomo VII. Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, Lima.

Jennings, J. (2015), The Cotahuasi Valley during the Middle Horizon. In *Tenahaha and the Wari State: A View of the Middle Horizon from the Cotahuasi Valley*, editado por J. Jennings & W. Yépez Alvarez, pp. 16-47. The University of Alabama Press, Alabama.

Johnson, A. (2003), *Families of the Forest: the Matsigenka Indians of the Peruvian Amazon*. University of California Press, Berkeley.

- King, H. (2012a), Feather arts in ancient Peru. In, *Peruvian Featherworks: Art of the Precolumbian Era*, editado por H. King, pp. 9-43. The Metropolitan Museum of Art, New York.
- King, H (2012b), Featherwork. In, *Wari: Lords of the Ancient Andes*, editado por S. E. Berg, pp. 207-215. Thames & Hudson, New York.
- Lumbreras, L. G. (1980), El Imperio Wari. In, *Historia del Perú*, vol. 2, pp. 9 - 91. Editorial J. Mejia Baca, Lima.
- Lumbreras, L. G. (2012), Introduction. In *Wari, Lords of the Ancient Andes*, editado por L. E. Oscar, pp. 1-3. The Cleveland Museum of Art and Thames & Hudson, New York.
- McEwan, G. F. (1987), *The Middle Horizon in the Valley of Cuzco, Peru: The Impact of the Wari Occupation of Pikillacta in the Lucre Basin*. BAR International Series 372, Oxford.
- McEwan, G. F. (1996), Archaeological investigations at Pikillacta, a Wari site in Peru. *Journal of Field Archaeology* 23: 169-86.
- McEwan, G. F. (2005), *Pikillacta: The Wari Empire in Cusco*. The University of Iowa Press, Iowa City.
- McEwan, G. F. & P. R. Williams (2012), The Wari built environment: landscape and architecture of Empire. In, *Wari: Lords of the Ancient Andes*, editado por S. E. Berg, pp. 65-81. Thames & Hudson, New York.
- Menzel, D. (1964), Style and time in the Middle Horizon. *Ñawpa Pacha* 2: 1-106.
- Menzel, D. (1977), *The Archaeology of Ancient Peru and the work of Max Uhle*. R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.
- Morris, C. (1979), Maize beer in the economics, politics, and religion of the Inca empire. In *Fermented Foods in Nutrition*, editado por C. Gastineau, W. Darby & T. Turner, pp. 21-34. Academic Press, New York.

- Morris, C. (1982), The infrastructure of Inka control in the Peruvian central highlands. In *The Inca and Aztec states, 1400-1800: Anthropology and History*, editado por G. A. Collier, R. I. Rosaldo & J. D. Wirth, pp.153-171. Academic Press, New York.
- Murra, J. V. (2002), *El mundo Andino: población, medio ambiente y economía*. Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Murúa, M. (1946) [1590], *Historia del origen y genealogía Real de los Reyes Incas del Perú*. Vol. 2. Biblioteca Misionaria Hispánica, Madrid. 27
- Nash, D. J. & P. R. Williams (2009), Wari political organization: the southern periphery. In *Andean Civilization: A Tribute to Michael E. Moseley*, editado por J. Marcus & P. R. Williams, pp. 257-276. University of California, COTSEN Institute of Archaeology Press, Los Angeles.
- Pérez Calderón, I. & N. Carrera Aquino (2015), La ocupación Huarpa en Tambo, La Mar. *Arqueología y Sociedad* 30:257-287.
- Piperno, D. R. & D. M. Pearsall (1998), *The Origins of Agriculture in the Lowlands Neotropics*. Academic Press, San Diego, California.
- Sedano Romero, W. & M. S. Gutiérrez Fernández (2020), *Reconocimiento arqueológico en Qawarina, Sivia: una propuesta tempoespacial*. Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.
- Ramos Gavilán, A. (1976) [1621], *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*. Editorial Universo, La Paz.
- Raymond, J. S. (1982), Quimpiri, a ceramic style from the Peruvian montaña. *Ñawpa Pacha* 20:121-146.
- Raymond, J. S. (1985), Quechuas y Chunchos: ethnic boundaries in eastern Peru. In *Status, Structure and Stratification: Current Archaeological Reconstructions*, editado por M. Thompson, M. T. García & F. Kense, pp. 35-50. The Archaeological Association of the University of Calgary, Calgary.

Raymond, J. S. (1988), A view from the tropical forest. In *Peruvian Prehistory*, editado por R. W. Keatinge, pp. 279-300. Cambridge University Press, Cambridge.

Raymond, J. S. (1992), Highland colonization of the Peruvian montaña in relation to the political economy of the Huari empire. *Journal of the Steward Anthropological Society* 20:17-36.

Raymond, J. S. (2021), Contested territory; pre-hispanic interethnic contact/conflict in the lower Apurimac Valley, Peru. Manuscript in possession of the author.

Rowe, J. H. (1956), Archaeological explorations in southern Peru, 1954 - 1955. *American Antiquity* 22: 135-51.

Schreiber, K. J. (1984), Prehistoric roads in the Carahuarazo Valley, Peru. In *Current Archaeological Projects in the Central Andes*, editado por A. Kendal, pp. 75-94. BAR International Series 210, Oxford.

Schreiber, K. J. (1987), Conquest and consolidation: a comparison of the Wari and the Inka occupations of a highland Peruvian valley. *American Antiquity* 52: 266-284.

Schreiber, K. J. (1992), *Wari Imperialism in Middle Horizon Peru*. Anthropological Paper of the University of Michigan Museum of Anthropology No. 87. University of Michigan Museum of Anthropology, Ann Arbor.

Schreiber, K. J. (2001), The Wari Empire of Middle Horizon Peru: the epistemological challenge of documenting an empire without documentary evidence. In *Empires*, editado por S.E. Alcock, T.D. D'Altroy, K.D. Morrison & C.M. Sinopoli, pp. 70-92. Cambridge University Press, Cambridge.

Schreiber, K. J. (2012), The rise of an Andean empire. In *Wari: Lords of the Ancient Andes*, editado por S. E. Berg, pp. 31-45. Thames & Hudson, New York.

Valdez, L. M. (2011), Wari e Inca: El Significado de Vilcabamba. *Arqueología Iberoamericana* 10:3-7.

Valdez, L. M. (2002), El valle de Ayacucho y el Tawantinsuyo. *Arqueología y Sociedad* 14:77-98.

Valdez, L. M. (2020), Cedrocucho: a pre-Inca tropical rainforest site? *Current World Archaeology* 104:28-35. 28

Valdez, L. M. & J. Taboada (2016), Coca leaves in the context of the central Andean Wari state. In *Trading Spaces: The Archaeology of Interaction, Migration and Exchange*, editado por M. Patton & J. Manion, pp. 136-151. The Archaeological Association of the University of Calgary, Calgary.

Valdez, L. M., J. Taboada & J. E. Valdez (2015), Ancient use of coca leaves in the Peruvian central Andes. *Journal of Anthropological Research* 71:231-258.

Valdez, L. M. & J. E. Valdez (2020), El antiguo Viñaqui: la transformación de rural a urbano en la sierra central del Perú. *Revista de Arqueología Americana* 38:99-132.

Vivanco Ramos, I. L. (2014), *Prospección arqueológica n la quebrada de Espinco: la interacción entre la sierra y la selva en Chungui – La Mar, Ayacucho*. Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.